

---

## **Declaración sobre la conmemoración del centenario de la 1ª Guerra Mundial**

Autor: Comissió Promoció Cultural  
Aprovació: Ple, 26 Maig 2014

---

En julio de este año se cumplirá el centenario del comienzo de la I Guerra Mundial. Fue una contienda larga y sangrienta, que a lo largo de cuatro años y medio causó la muerte de más de 17 millones de personas, entre combatientes y civiles, y más de 20 millones de heridos y mutilados. Se movilizó a unos 70 millones de personas, procedentes de casi todos los países europeos y sus colonias, y de naciones como EEUU, Japón, Turquía y China.

Las causas del conflicto fueron esencialmente económicas y geopolíticas. El auge de los imperialismos había exacerbado la competitividad entre las potencias, y cada país había descubierto en el estudio de su propia historia motivos de resentimiento y reivindicación hacia sus vecinos. El pretexto inmediato fue el asesinato en Sarajevo del heredero del trono austrohúngaro. Los países implicados invocaron antiguas alianzas y apenas se realizaron esfuerzos diplomáticos serios para detener el conflicto. Convencidas de que la guerra iba a durar muy poco, las tropas partieron hacia los frentes con un entusiasmo que no tardó en desvanecerse.

Algunos habían vaticinado que esa guerra acabaría con todas las guerras. No fue así, obviamente, y las cláusulas del tratado de Versalles que selló la paz condicionaron la posguerra y abocaron, algo más de veinte años después, a la II Guerra Mundial, que hasta ahora ha sido el conflicto más mortífero de la historia de la humanidad.

La magnitud de esta segunda catástrofe que asoló Europa y otras partes del mundo propició la creación de organismos como la Organización de las Naciones Unidas, destinada a solucionar los conflictos de manera colegiada y pacífica. En Europa, la Declaración Schuman (1950), marcó el inicio de la integración de los estados europeos como un movimiento de contraposición a las tensas rivalidades que habían propiciado las dos guerras mundiales. Fue el primer paso hacia la Comunidad Económica Europea, a la que España se adhirió en 1986, y que en 1992 se convirtió en la Unión Europea. En ese marco, fundamentalmente económico, los países europeos han aprendido la importancia de la negociación y de la convivencia pacífica.

Uno de los mayores logros de esta nueva senda de concordia es el Estado de Bienestar, cuyos resultados y objetivos han servido no solo como fundamento moral de cohesión social, sino también como base realista y necesaria del bienestar socio económico común.

Pese a sus muchos logros, Europa es vulnerable. Entre los estados miembros hay fricciones y numerosos conflictos de intereses, que en la actualidad parecen haberse agravado, quizá debido al modelo de construcción europea, fundamentalmente económico, y al déficit democrático. Esas deficiencias, más evidentes a raíz de la crisis, amenazan con dismantlar el Estado de Bienestar. Surge una creciente desigualdad entre los europeos, que discurre a dos niveles: por un lado, dividiendo a Europa en países ricos y pobres, en el Norte y el Sur, y por otra parte aumentando la brecha social en el interior de cada país miembro. La curva de la desigualdad está creciendo y ya es equiparable a la que había en 1914.

El desfase entre el Norte y el Sur ha contribuido al aumento del número de euroescépticos, que no entienden ni aceptan unas normas comunitarias que en su opinión empeoran sus condiciones de vida. Para conseguir los objetivos que la iniciativa de la UE se trazó en su momento, conviene afianzar la salud democrática y acercar las instituciones europeas a los ciudadanos. Es un reto que la UE ha de gestionar con inteligencia, diplomacia, sensibilidad y ética política.

Existen otros conflictos que debemos abordar: la situación desesperada de África representa un compromiso ético y político para Europa. La llegada masiva de inmigrantes a las costas españolas e italianas obliga a que Europa tome medidas comunitarias sobre inmigración que no estén basadas en la represión y la vulneración de los Derechos Humanos. La solidaridad, la cooperación y la ayuda humanitaria, con criterios de legalidad y de justicia social, han de ser las señas de identidad de una Europa ilustrada, que no debemos poner en riesgo.

Desde el Consell Valencià de Cultura aprovechamos la conmemoración del centenario de la I Guerra Mundial para hacer un llamamiento a la reflexión y la autocrítica conjunta, al aprendizaje de los errores históricos y al recuerdo del valor y la importancia de la vida humana y de todos aquellos que la perdieron hace un siglo.

Nota: hi ha un vot particular a este escrit del Sr. Martín Quirós